

La iniciativa encontró la aprobación unánime y entusiasta de todos los reunidos. Tras un breve cambio de impresiones se acordó constituir la sociedad proyectada y darle el nombre de Bodino, que fué el primero que realizó tareas análogas a las que la sociedad proyectada se proponía realizar. Así, ha surgido, con sede social en Bruselas, 50, Avenue des Nations, la "Société Jean Bondin pour l'histoire comparative des Institutions". Esta Sociedad, con arreglo a sus Estatutos, tiene como finalidad el fomentar los estudios científicos de Historia de las Instituciones, con la aplicación del método comparado y facilitar los trabajos colectivos emprendidos a este respecto. La Sociedad se reúne todos los años en asamblea general, convocada por la Junta de gobierno. Con ocasión de ésta se organizan jornadas de trabajo consagradas al estudio de comunicaciones cuyo tema común se determina, la primera vez por la Junta y las sucesivas, por la asamblea general.

En la sesión de constitución de la Sociedad fué elegido Presidente de la Junta de Gobierno, M. Henri Pirenne; Vicepresidente, M. Olivier Martín, y Secretario, M. Alexandre Eck.

Nuevo Profesor de Historia del Derecho.

Nuestro colaborador Alfonso García Gallo obtuvo por oposición, a fines de junio, la cátedra de Historia del Derecho de la Universidad de Murcia. Conocidas son sus obras en los medios universitarios y entre los especialistas de nuestra disciplina. Seriamente preparado y activo, la Universidad española gana con él uno de sus más valiosos prestigios jóvenes, capaz de llevar a cabo muchas de las labores científicas que en la actualidad faltan y anhelamos.

Henri Pirenne (1862-1935).

El 24 de octubre último ha muerto en Bruselas Henri Pirenne, el gran maestro de la historiografía belga y uno de los primeros medievalistas del mundo. Era, no solamente un sabio genial, sino también un animador prodigioso. El vacío —y éste es inmenso— que deja será sentido profundamente no sólo en su patria, de la que era uno de los ciudadanos más notables, sino también en los numerosos organismos científicos internacionales de los que formaba parte. Antiguo presidente de la Asociación internacional de las Academias, vicepresidente del Comité internacional de Ciencias históricas, su papel fué preponderante en cada una de estas instituciones de cooperación intelectual. Como dijo muy justamente en los funerales el gran helenista belga J. Bidez, se daba en él una maravillosa combinación de virtudes que creó siempre a su alrededor una especie de campo magnético dominado por la viveza de su mirada y por su ascendiente irresistible.

No le han faltado honores y cargos importantes. Profesor honora-

rio y antiguo rector de la Universidad de Gante, profesor agregado de la Universidad de Bruselas, miembro de la Academia Real de Bélgica, secretario de la Comisión Real de Historia, fué, en 1933, el primer titular del Premio Francqui, la más alta recompensa científica belga y el premio más importante que existe hoy en el mundo después del premio Nobel. Presidente del Comité Directivo del Instituto histórico belga de Roma, su paso por la administración de este Instituto científico extendió considerablemente su esfera de actividad. Fué presidente de la Comisión encargada de la publicación de la biografía nacional y del Consejo de la Biblioteca Real de Bélgica. Fué nombrado miembro correspondiente del Instituto de France, de la British Academy y de la Academia de la Historia Española y de otras diez academias europeas y americanas. Diez y seis Universidades le habían elevado a la dignidad de Doctor *honoris causa*. La Sociedad de Historia Moderna de París le había elegido presidente honorario y era, asimismo, miembro de honor de casi todas las sociedades históricas importantes de Europa. Los gobiernos de su país, España y Francia le habían honrado con altas distinciones nacionales. Y a pesar de saberse ilustre y de haber alcanzado la cumbre de la fama, seguía siendo el más sencillo y más natural de los hombres y el maestro más acogedor. Por eso se encontraba siempre rodeado de afecto y veneración.

Nacido en Verviers el 22 de diciembre de 1862, procedía de una familia de pañeros. Sin duda sus orígenes habían contribuido a darle este sentido extraordinario de lo concreto que le orientó al principio de su carrera hacia la historia económica y social. De ahí también provenía su interés por la historia de la pañería flamenca, a cuyo estudio se consagró, con Georges Espinas, dejándonos el inmenso "Recueil de documents", en cuatro grandes volúmenes en 4.º, conocidos de todos los historiadores.

Hizo sus estudios en Lieja, donde enseñaba, a la sazón, Godofredo Kurth, el eminente historiador católico, conocido sobre todo por su Memoria sobre "La Frontière linguistique en Belgique et dans le Nord de la France", por su "Notger de Liège et de la civilisation au x^e siècle", por sus tres volúmenes sobre "La cité de Liège au Moyen Age" y por diversos estudios de la época franca, que hoy han envejecido ya algo. El mismo formado en los nuevos métodos que se practicaban en las grandes escuelas parisinas y en las Universidades alemanas, Kurth inculcó a su discípulo el gusto por las investigaciones precisas y escrupulosas que debía conservar Pirenne aun en la época en que su enorme prestigio le hubiese permitido un menor rigor en la documentación. Pero hubiera sido conocer mal a Pirenne el suponer que esta idea hubiera podido jamás germinar en él. En el último artículo que ha publicado, apenas unas semanas antes de su muerte, se ve a este sabio que intentó y logró tan brillantes síntesis, dedicado a modestas rebuscas de diplomática sobre un documento falso de una abadía luxemburguesa.

Salió de la Universidad de Lieja, en 1883, a los veintiún años. Ya el año anterior había publicado en las "Memorias de la Academia Real de Bélgica" un primer trabajo relativo a la Edad Media de Lieja. Si-

guió en seguida, por espacio de dos años, estudiando con diversos maestros extranjeros. Se trasladó entonces a París, donde trabajó, en la Ecole des Chartes y en la Ecole pratique des Hautes Etudes, con Thevenin, Monet y Giby, después de su trabajo con los maestros alemanes de las Universidades de Leipzig y Berlín. En esta última Universidad siguió el curso de historia económica de Gustav Schmoller y los de diplomática de Breslau. También entabló relaciones amistosas con Karl Lamprecht y Schmoller, quienes sostenían que no había habido en la historia humana, desde el fin de la antigüedad, más sucesos importantes que la formación de las ciudades en la Edad Media, y el establecimiento de los caminos de hierro en el siglo XIX; tales ideas contribuyeron, seguramente, a orientar a Pirenne hacia las investigaciones relativas a los orígenes urbanos.

De regreso a su país, con menos de veintitrés años, fué encargado de una enseñanza en la Universidad de Lieja. Al año siguiente, en 1886, pasó a la de Gante, donde debía ser profesor hasta 1930.

Lo que él fué como profesor, solamente los que han sido sus discípulos pueden realmente comprenderlo. Séale permitido, aquí, a uno de ellos, el repetir lo que otro discípulo del maestro, el profesor Van der Linden, de la Universidad de Lieja, decía en 1912, en una manifestación organizada en honor de Pirenne, en Bruselas: "No recuerdo haber seguido, en las enseñanzas del extranjero, cursos que sobrepasaran en interés a los suyos. Todo era vida y movimiento. Fuera en su curso de historia de la Edad Media, en el que consagraba, cada dos años, a la historia de Bélgica; en el curso práctico en el seminario o en aquel que dedicaba a estudiar la historia económica de Europa, mantenía tan vivo el interés de sus oyentes, que muchas veces éstos olvidaban el tomar notas durante algunos minutos. Pero especialmente era en sus ejercicios del seminario en los que más ampliamente se desenvolvía con asombrosa maestría. Es ahí donde realmente ha formado a cada uno de los que fueron sus discípulos, es ahí donde ha creado su escuela histórica. Pues todos los que han sido discípulos suyos han conservado la marca indeleble. Ahí es donde nos acostumbraba a la visión amplia de las cosas, que era una de las características de su espíritu. Uniendo de una manera sorprendente el espíritu sintético y el sentido crítico, trabajaba delante de nosotros y con nosotros. Al mismo tiempo que buscaba de continuo el *wie es eigentlich gewesen*, de Ranke, que había conocido en su juventud, la hipótesis atrevida, pero sólida a la vez, surgía como de sí misma de su exposición. Se tenía la impresión de un descubrimiento continuo. Con frecuencia después de la clase, que ocupaba unas dos horas, y una vez ausente el maestro, los alumnos continuaban discutiendo entre ellos. Sabía animarnos a cada uno de nosotros y respetaba todas las personalidades. Jamás el "magister dixit" ha tenido autoridad en la familia espiritual que supo agrupar a su alrededor. Una vez pasado el doctorado seguía siendo un guía atento y afectuoso para todos aquellos que continuaban trabajando. Los acogía en su casa, se interesaba por sus investigaciones, les ayudaba. Era verdaderamente el "nexus" psicológico, y aun diría que incluso el sentimental, que los unía

entre sí, y entre uno y otro la afección era recíproca. Todos, o casi todos, le han dedicado su primer libro, y esto era una de sus alegrías más profundas”.

Después de haber esbozado este breve retrato del hombre y del maestro, nos queda el hablar del sabio y de su obra. Esta última es muy grande y muy variada. Ningún dominio de la historia le fué extraño. Las ciencias auxiliares, paleografía y diplomática, la filología y la historia literaria, la geografía histórica, la historia general del fin de la antigüedad a la época contemporánea, los dominios más especiales de la historia de Derecho y de las instituciones, la historia económica y social, la historia del trabajo, la historia de Bélgica en general y la de la mayor parte de sus antiguas provincias, la edición de textos históricos y su estudio crítico se encuentra en su bibliografía, que comprende cerca de 300 trabajos. Ante tal producción se piensa en un Mommsen o en otros gigantes de la ciencia.

No se podría aquí hacer un análisis, ni aun sumario, de esta obra inmensa. Fijémonos en algunos aspectos especialmente característicos.

A la cabeza figura la gran historia de Bélgica, en siete volúmenes, publicada entre 1900 y 1932, y constituye la “Lebenswerk” de Pirenne. El primer volumen apareció en alemán, en la “Allgemeine Staatengeschichte”. Lleva al lector del comienzo de la historia de Bélgica hasta la víspera de la guerra de 1914. Lo que le da la principal originalidad es la fuerza con la que une las manifestaciones más diversas de la vida nacional. Principalmente se da uno cuenta de esto en el período medieval, antes de la formación del estado borgoñón. Allí donde, antes de él, sólo se veía confusión, él pone en claro la unidad principal. De la historia particular de los principados episcopales y laicos que cubrían entonces el suelo belga, Pirenne ha sabido desenredar la madeja que lleva a una evolución común. Es laborando la historia de los principados medievales belgas, en el cuadro general de la Europa occidental, como Pirenne ha podido eliminar del cuadro las minucias inútiles para conseguir la contextura profunda y real del proceso histórico del que fué teatro Bélgica. Este método de gran información, que no se para en las fronteras del país estudiado, es aplicado por Pirenne a través de todos los volúmenes de su gran monumento científico. Le gustaba repetir que Bélgica era un microcosmos de Europa. Pero no se le debe criticar que él considerase la historia de la una como un resumen de la otra. “Europea en su fondo —decía en el prólogo de su primer volumen—, formado con la sustancia de Alemania y de Francia, mezcla de romanismo y germanismo, nuestra organización es en parte idéntica a la de los grandes Estados que nos rodean. En la vida religiosa, en las instituciones, en las artes, en los documentos, encontramos aquí los mismos fenómenos generales que entre nuestros vecinos. Querer decirlo todo hubiera sido el arriesgarse a hacer de la historia de Bélgica una historia de Europa en pequeño. Por tanto, no he procurado describir más que aquellos fenómenos que me parece que nos pertenecen propiamente; he llamado especialmente la atención sobre los rasgos que nos

diferencian de nuestros vecinos y cuyo total forman la fisonomía característica de la civilización belga.”

En medio de los profundos problemas que sacudieron Europa y especialmente su país natal, Pirenne, sufriendo también penas íntimas incesantes, no dejó de trabajar con serenidad, en su obra, durante cincuenta y dos años. Así ha dotado a su país de la mejor historia nacional que existe actualmente. Cualquier pasaje que se evoque sobre el pasado de Bélgica, es imposible el no referirse inmediatamente a algún pasaje de la “Histoire” de Pirenne. Y ocurre lo mismo si se trata de los tejidos flamencos, si se estudia el período español o el gobierno de la burguesía en el siglo XIX. Cada faceta del asunto ha sido analizada de una manera decisiva.

El más interesante resultado alcanzado por Pirenne ha sido el de haber mostrado la lenta formación de la nacionalidad belga y haber probado como, mucho antes de la revolución de 1830, existía en la región situada entre el mar del Norte y las Ardennes una civilización y una mentalidad común. Y, sin embargo, no puede reprochársele ningún nacionalismo, ninguna parcialidad. Un buen juez, Marc Bloch, se complacía en hacer notar en los “Annales d’Histoire économique et sociale”, que dirige con tanta autoridad: “Es de su propio país —escribía en 1932— del que M. Pirenne ha trazado el destino, a veces doloroso; su amor a su país natal, del que ha dado tan grandes pruebas, le ha sostenido —nadie podría dudarlo— durante su largo esfuerzo. ¿Nos admiraremos de que haya guardado, sin embargo, una constante imparcialidad? Pero no hay que hacerle esta injuria o este elogio. Un sabio, como él, no es, cuando tiene la pluma en la mano, más que un sabio; no conoce los “parti pris” nacionales; no cede —ese volumen séptimo, donde se remueven tantas cenizas aún calientes, lo atestigua con creces— a los prejuicios de grupos políticos.” Y el historiador francés finalizaba su artículo señalando en la terminación de la obra de Pirenne “un jalón de la historiografía, no solamente de la historiografía belga, lo que no hace falta indicar, ni de la literatura histórica de lengua francesa, sino de la literatura histórica de todos los países y todos los tiempos”.

Al lado de la gran “Histoire de Belgique”, completada por un libro sobre “La Belgique et la Guerre Mondiale” (1929), son sus investigaciones sobre la historia municipal y urbana lo que ocupa, en la obra de Pirenne, el lugar más considerable. Desde su “Histoire de la Constitution de la ville de Dinant au moyen âge” (1889) hasta su volumen “Les Villes du Moyen Age” (1927) no ha cesado de multiplicar sus trabajos en este terreno. Puede decirse de él que es uno de los que han renovado más profundamente la concepción y los métodos.

Fué entre 1893 y 1894 cuando expuso, por primera vez, en conjunto, sus ideas sobre este asunto. En 1893 y 1895 dió a la “Revue Historique” de París dos artículos muy notables sobre “L’origine des constitutions urbaines au moyen âge”, que completó en 1898 con una memoria, que salió en la misma revista y que llevaba como título “Villes, marchés et marchands au moyen âge”. En el momento de aparecer

estos estudios la ciencia alemana había edificado a propósito de los orígenes de las ciudades toda una serie de teorías. Pirenne hizo la crítica de todas ellas. Desde Wilda, que en 1831 buscaba el origen de las ciudades en las "Gildes"; Arnold, que les atribuía una formación jurídica que tenía su base en el Derecho público (1854); Nitzsch (1859), que basaba en las relaciones entre la burguesía y los ministeriales su *Hofrechtlich Theorie*, las hipótesis sobre este problema, apasionante entre todos, había sido objeto de interpretaciones muy variadas. Gierke y Hegel habían seguido ampliando las ideas de Wilda; von Maurer quería establecer un enlace entre la organización de la *Markgenossenschaft* y las de la ciudad, teoría llevada a un terreno más jurídico por von Below, que une la comunidad urbana a la rural. En 1890 Sohm lanzó su teoría de *Markrechtstheorie* en su pequeña obra "Die Entstehung des Deutschen Sädtwesens". Pero, F. Beyerlé, por ejemplo, lo ha hecho notar, que esta construcción histórica se presentaba más como una creación del espíritu que como un sistema asentado sólidamente sobre la realidad. Era más una obra especulativa que una demostración científica. Pirenne fué el primero —aun antes que Ritschel, cuyo "Mark und Stadt im ihrem rechtlichen Verhältniss", es de 1897— que señaló sus puntos débiles. Por él, la teoría demasiado jurídica de Sohm se coloca en el plan de las realidades económicas y sociales. Demuestra que la ciudad medieval no pudo ser considerada, como creía el sabio alemán, como un mercado que evolucionaba, pero veía allí, sin embargo, la obra de un nuevo factor social, los *mercatores*. Desde el siglo X grupos de mercaderes y artesanos se establecen en las viejas ciudades episcopales, al pie de los castillos feudales o en los alrededores de cualquier poderoso monasterio. Allí forman barrios que, poco a poco, absorben el núcleo primitivo y preurbano en el que se habían apoyado. Del Derecho particular que regía a los *mercatores* del barrio, va a salir, lentamente, el Derecho municipal, que se distingue del rural que domina el campo colindante por tantos rasgos y especialmente por un procedimiento mucho más rápido y al cual es difícil no atribuirle un origen comercial.

Estas ideas ha cuidado Pirenne de precisarlas y desarrollarlas en sus trabajos posteriores de historia urbana. Sólo queremos citar aquí dos de los más importantes de los dedicados a las ciudades flamencas: su artículo sobre "Les villes flamandes avant le XII^e siècle", aparecido en 1905, en los "Annales de l'Est et du Nord" y su libro "Les anciennes democraties des Pays Bas" (París, 1910), traducido al inglés en 1915. Las ciudades flamencas proporcionaban a Pirenne un admirable campo de experiencia. En estos trabajos se fija el principio de que no es en las ciudades de segundo orden donde hay que buscar el secreto de los orígenes de la vida urbana. Es necesario, por el contrario, estudiar esto en las fuentes mismas, es decir en las grandes ciudades mercantiles. Por la vida económica muy intensa de que ellas han dado prueba en la alta Edad Media, las ciudades de Flandes llenaban estas condiciones. Es por haber olvidado este principio esencial del método de la historia urbana por lo que algunos han creído poder sacar consecuencias de carácter general de hechos que habían observado en los centros secun-

darios de formación tardía. Vicio de método que no puede explicar más que una tendencia a considerar, en la historia urbana, lo jurídico como precedente y condicionante de lo económico, lo demográfico y lo social, cuando, evidentemente, el proceso es exactamente a la inversa.

Las concepciones de Pirenne en historia urbana no han cesado de ganar adeptos entre los eruditos que consagraban sus esfuerzos a este campo de actividad. Para probarlo bastan dos adhesiones tan independientes y divergentes una de otra como las del excelente historiador de la Hansa germánica, Fritz Roering —cuyos “Hansische Beiträge zur deutschen Wirtschaftsgeschichte” (1928) están en varios capítulos fuertemente marcados por la influencia del gran maestro belga— y la del profesor americano C. Stephenson, cuyo estudio sobre “Borough and Town. A Study of Urban origins in England” (1933) es, en gran parte, una aplicación particular de las ideas de Henri Pirenne.

Agrandando el cuadro de su concepción histórica y poniéndola en contacto con sus ideas sobre los límites de la Antigüedad y de la Edad Media, Pirenne ha construido una síntesis final de su teoría en “Les villes du Moyen Age” (1927), aparecido en inglés en 1925. Al mismo tiempo que las ciudades flamencas, Pirenne examina la historia de las del Mediterráneo occidental, principalmente la de las ciudades lombardas y provenzales.

En dos interesantes Memorias: “Mahomet et Charlemagne” y “Un contraste économique: mérovingiens et carolingiens” (“Revue Belge de Philologie et d’Histoire”, 1922 y 1923) Pirenne muestra cómo la vida urbana y el comercio lejano del mundo romano han subsistido en sus rasgos principales en el mundo mediterráneo después de las conquistas germánicas. No hace aquí sino confirmar los puntos de vista que Alfons Dopsch ha expuesto en su “Wirtschaftsentwicklung der Karolinger Zeit”, en *Wirtschaftliche und Soziale Grundlagen der Europäischen Kulturentwicklung* y que debía volver a exponer, en 1930, en su “Naturalwirtschaft und Geldwirtschaft in der Weltgeschichte”. Pero donde el maestro belga se separa completamente del sabio austriaco es en la apreciación de la vida económica de la época carolingia. Mientras Dopsch sostiene que nos encontramos en presencia de un desenvolvimiento económico continuo, Pirenne coloca en el siglo VIII una decadencia profunda y un verdadero corte. Para él existe un fuerte contraste económico entre las épocas merovingia y carolingia. Mientras la primera vive en el cuadro —en verdad algo deformado y “barbarizado”— de la economía antigua esencialmente comercial y dirigida hacia el Mediterráneo, la segunda inaugura una era económica nueva sin comercio, donde sólo subsiste la economía dominical y donde el eje mismo de la civilización se desplaza hacia el Norte. El Mediterráneo, dominado además por los corsarios árabes, pierde toda importancia para la Europa carolingia. La actividad comercial y la vida urbana se extinguen en Occidente.

Después del turbulento período del siglo IX renace la calma en el X y con ella el comercio internacional aparece casi al mismo tiempo en las dos extremidades de Europa: en Venecia, en relación constante con

Constantinopla, y en Flandes, que reanima la navegación escandinava. El comercio en gran escala gana, poco a poco, toda Europa, y con él aparece una clase social nueva, compuesta de espíritus aventureros: la de los mercaderes. Son éstos los que se establecen cerca de las *civitates* y de los *burgi*, ya existentes, y crean los *portus*, protegidos bien pronto por murallas. La industria y el comercio son los que crean la ciudad, y son los mercaderes y artesanos los que se transformarán en burgueses. La organización jurídica seguirá por sí misma.

En esta revista de historia de Derecho es conveniente decir algunas palabras de los trabajos de Pirenne en este terreno. En sus estudios de historia municipal se ha visto forzado con frecuencia a ocuparse de problemas interesantes de historia de las Instituciones. Sabía entonces dar muestra de un rigor y una penetración sorprendente. No citaremos, para demostrarlo, más que su artículo sobre "La question des jures dans les villes flamandes". ("Revue belge de Philologie et d'Histoire", 1927). Pero ha demostrado asimismo su interés en cuestiones de historia jurídica de otras épocas y otros medios. Los asuntos que más han fijado su atención han sido los relativos a la condición de las personas. En el "Bulletin de l'Académie Royale de Belgique" ha publicado dos estudios: uno relativo a los *hommes-léges* y otro sobre la libertad de Flandes de los siglos VII a XI, en sus relaciones con el reparto de la propiedad (1910-1911). En los "Comptes rendus des séances de l'Académie des Inscriptions et Belles Lettres" de París (1911), ha dado a luz un estudio mostrando que la ministerialidad ha existido en la Francia medieval, cosa no admitida hasta entonces.

En esta breve nota sólo hemos podido trazar a grandes rasgos un esbozo del retrato intelectual y moral del gran sabio que acaba de desaparecer. Su muerte constituye una de las mayores pérdidas que durante largo tiempo ha sufrido la ciencia histórica. Felizmente su pensamiento brillará aún por última vez en uno de sus libros, atrevidos y sólidos al mismo tiempo, de los que él poseía el secreto. En el momento de su muerte dejó sobre su mesa la primera redacción, completamente acabada, de un volumen sobre el fin de la antigüedad y los comienzos de la Edad Media. No faltarán medios para darlo al público. Y así tendrá el gran consuelo de haber completado su última tarea, de exponer, en conjunto, la teoría cuyos primeros jalones estableció en 1922 en su Memoria sobre "Mahoma y Carlomagno". Ejemplo maravilloso de una vida dedicada por entero a la investigación desinteresada. ¡Admirable unidad de esfuerzo científico continuado hasta el fin con una serenidad que ni los sufrimientos públicos ni los duelos íntimos han podido turbar! Amó la ciencia con una pasión que es quizá la enseñanza más bella que ha dejado a todos sus discípulos, modestos o insignes, que colaboran al esfuerzo más noble que solicita la humanidad pensadora: la busca de la verdad.

CHARLES VERLINDEN.